

Jueves 27 de febrero del 2003

## • TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



## Frutos

Tuve la fortuna de realizar un viaje **relámpago** al pasado. El domingo último salimos en gira familiar en busca del buen comer y el mejor beber en la tierra del vino: El Valle de Guadalupe.

Cuando niño, acompañaba a mi abuelo, don Crispín, todos los fines de semana a la cita con la tierra. Era una verdadera **aventura** el viaje desde la ciudad de Tecate hasta el Valle, como cariñosamente le llamábamos.

Previa parada técnica en la tienda del Rey Romero, el abuelo tomaba el vuelo y nos conducía en su maravilloso Ford 1948 color gris con redilas. Abel y yo éramos los **guaruras** de 8 y 4 años de edad, respectivamente.

Ahí se había hecho de una pequeña **parcela** donde sembraba algunas hortalizas y convivía con el amor de su vida: La tierra.

En Valle de Guadalupe, la mayoría de los ranchos y casas se habían asentado en el cauce del río. Como ha pasado con muchos pueblos, cuando llegaron las **lluvias torrenciales**, y esto debió haber sido a finales de la década de los setenta, la corriente no respetó las construcciones y arrasó con todo a su paso.

El pueblo prácticamente **desapareció** y la reconstrucción empezó en las faldas de los cerros. En 1983 mi abuelo, en esa búsqueda permanente de los espacios breves, dejó Tecate y llegó a vivir al Valle de Guadalupe.

En su nueva casa construyó un pozo donde la técnica de dos varitas le indicó donde se encontraban los principales veneros; con paciencia infinita excavó la tierra y se encontró con el **agua**; luego procedió a ademararlo con bloques de concreto. En el patio sembró árboles de limones, naranjas y toronjas, y construyó corrales para sus animales.

La última vez que visité el Valle de Guadalupe fue en 1987. Un par de años después el abuelo nuevamente se mudó a Tecate. Por un **prurito** sentimental me negué durante 16 años a regresar a la casa donde vivió don Crispín.

Este domingo hice el recorrido y, gracias a Isabel, redescubrí parte de la trayectoria afectiva. Por fortuna ahora la casa la habitan sobrinos del abuelo que yo no conocía. Pero parte de las cosas siguen **intactas**: Más recuerdos de lo que pensaba.

En un momento quedan al descubierto **vivencias** que uno considera enterradas. Me parecía extraordinario que Julián y Alejandro corrieran en esa tierra.

Como son las gentes sencillas y buenas nuestros **anfitriones** nos brindaron parte de las cosecha de aquellos árboles que el abuelo sembrara: Llenamos bolsas con los frutos y era como si mi abuelo mismo estuviera en cada uno de ellos. Tuvo la gran virtud de que el lugar en el que elegía para vivir siempre se convertía en tierra **fértil**.

El paisaje entre Ensenada y el Valle de Guadalupe es **balsámico**; de una belleza extraordinaria, han comenzado a proliferar restaurantes excelentes que con escasa publicidad han sido descubiertos por los amantes de la buena mesa y el vino.

Todo en esa hermosa zona invita al buen vivir. San Antonio de las Minas lleva en su nombre la **magia** del lugar. Sin embargo, los moradores de tan fértil valle están preocupados.

Llama mucho la atención que a lo largo del camino han colocado mantas de **protesta** por lo que consideran un atentado al medio ambiente y al ecosistema: La instalación de **gaseras** y la construcción de un ferrocarril que uniría a los municipios de Tecate y Ensenada.

Dicen que estas obras ponen en peligro la **vocación agrícola** —básicamente vitivinícola— de la región. Prefieren las agroindustrias, a las plantas de gas que los atemorizan.

Independientemente de los argumentos técnicos que en pro y en contra se han vertido, sí me llama la atención la forma en que la **estrecha carretera** podría responder al tránsito que incluyera a camiones y cisternas que transportarían el gas. Hay ejemplos muy recientes de las desgracias que se presentan en la conducción de materiales peligrosos.

En todo caso, para instalar nuevas fábricas, se tendrían que garantizar vialidades adecuadas y seguras. La experiencia demuestra que los intereses **privados** están por encima de una buena planeación.

"Que bonito es lo bonito", decía una de las mantas que encontramos en el camino y que **sintetiza** a la perfección mi impresión del recorrido dominical.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.